



Revista Cambios y Permanencias
Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación
Vol.12, Núm. 1, pp. 1048-1050 - ISSN 2027-5528

In Memoriam Ascensión Jaimes, la recicladora de la UIS

Andrea Valentina Carreño Gutiérrez.

Estudiante de sexto semestre de Derecho en la Universidad Industrial de Santander e integrante de la Colectiva feminista la Raíz



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación



Universidad
Industrial de
Santander

Universidad Industrial de Santander / cambiosypermanencias@uis.edu.co

In Memoriam Ascensión Jaimes, la recicladora de la UIS



Ascensión, conocida en la Universidad como Doña Ascensión, era una mujer morena y robusta, que vestía siempre con sudadera, camiseta y un canguro desgastado que le colgaba de la cintura. No era trabajadora de la UIS, ni profesora y mucho menos estudiante. Nada la vinculaba al campus. Sin embargo, este era su espacio vital. Allí pasaba por las oficinas de administración, salones y cualquier lugar donde pudiese conseguir material potencialmente reciclable, acompañada por su hija Cecilia, quien tiene una discapacidad cognitiva y de la que cuidaba todo el tiempo con recelo.

La Universidad, como para muchos, era su segunda casa. Los estudiantes la reconocían y le hablaban en medio de la cotidianidad universitaria. En otras ocasiones, era ella quien se acercaba a generarle conversación a cualquier estudiante que estuviese sentado en algunas de las varias bancas cerca de Bienestar Universitario. Pero lo más común era escucharla quejarse sobre la negligencia de la EPS y cómo le habían negado los medicamentos que necesitaba para tratar sus enfermedades y las de su hija.

Al respecto contaba, en medio de la ira, pero al mismo tiempo orgullosa de la hazaña, que se llegó a encadenar a las puertas de la Eps Solsalud para reclamarles atención médica y tratamientos. En eso se la pasaba: rondando la universidad para tratar de ganarse la vida a punta de recolectar cartones y papeles y en luchas interminables con un sistema de salud que continuamente la vilipendiaba.

Se sabe que llegó a la universidad hace más de 20 años, pero su origen es incierto. De tanto tiempo, naturalmente, surge un sentido de familiaridad. Y eso fue lo que pasó con Ascensión. Era reconocida, querida y dignificada por estudiantes, trabajadores y cualquier persona que frecuentara la UIS. Y una relación así termina por generar responsabilidades que, si bien no son materiales, existen en el tejido social de la universidad. Quizá fue eso lo que intentó evitar Planta Física cuando le dijeron que no podría ingresar más a las instalaciones. La excusa fue un desmayo adentro del campus, de donde tocó sacarla en ambulancia. El argumento, desde luego, era que la UIS no se podía hacer cargo de su salud.

En fin, que no querían líos. Y ahí fue cuando Ascensión mostró con más ahínco el espíritu de resistencia que presumiblemente era el que la ligaba a una universidad pública. Se le atravesó al carro del rector de turno, y en un tono que no permite la vacilación, le anunció que no estaba dispuesta a abandonar la universidad. Ese fue de los primeros intentos

de negarle la entrada al campus. Le siguieron otros tantos más. Uno, bastante conocido por ser una de las razones de un paro de estudiantes, fue el programa de reciclaje que se quiso generar al interior de la universidad. La intención aparente era formalizar el manejo del material reciclable. El mayor de sus efectos, evidentemente, lo sufría Ascensión al quedarse sin su lugar de trabajo y sin la vida que había construido allí.

Aun así y frente a todo pronóstico, Ascensión siguió ocupando los espacios que ya le eran propios, esta vez con el apoyo de toda la comunidad, especialmente de los estudiantes que estaban dispuestos a armar el tropel para exigirle a la administración el derecho de Ascensión a trabajar en lo suyo dentro de la UIS.

Ascensión vivió, compartió y sufrió con nosotros. Su vida transcurrió en medio de las condiciones existenciales que dispone la sociedad para una mujer pobre y madre de una hija en las condiciones de Cecilia. Seguramente sean incontables las injusticias y atropellos que acumuló a lo largo de sus años.

Esta mujer, para quienes hoy lamentamos su partida, es un ejemplo de resistencia y dignidad. Uno de los muchos rostros que hoy nos motivan a luchar por las justas reivindicaciones del pueblo y las mujeres, porque sus sufrimientos no se repitan.

Falleció este 7 de mayo, con alrededor de sesenta años y en medio de profundos quebrantos de salud que la envejecieron prematuramente. Murió en el hospital del Norte producto de una enfermedad cardiovascular que la superó. Dejó una única hija huérfana: Cecilia, que, pese a su edad, no puede valerse por sí misma debido a su condición.

Hoy, para hacerle frente al olvido al que están condenados los que como Ascensión mueren sin rostro y ante la indiferencia de todos, hacemos vivir su memoria y legado.